

## ¿POR QUÉ UN CUERPO?

ALBERTO FRANCO

*El hombre es el animal que tiene que reconocerse humano para serlo.*

*Linneo*

*El hombre debe ser considerado como no terminado, es decir como perteneciente a una especie en curso de metamorfosis infinita en una naturaleza que es, a su vez, una metamorfosis infinita.*

*Ovidio*

El recorrido que intento hacer, es el punto de partida para una puesta en interrogación de la cuestión relativa a una dimensión del cuerpo que abarca algunas preguntas concretas: ¿es indiferente para un sexuado macho tener cuerpo de mujer?; y la contraria por supuesto. O, de otro modo ¿la manera de responder a la lógica fálica es independiente del cuerpo que se porte, teniendo en cuenta, como un problema posible entre otros, que sólo uno de los cuerpos es sede de la detumescencia?

¿Es indiferente el cuerpo que porta el analista en relación con el montaje de la transferencia? Y por la misma vía: el analista ¿es hombre o mujer?

Por supuesto, de lo que antecede se desprenden otros interrogantes que exceden lo que hoy nos ocupa.

Como bien señala Agamben, tomando como referencia a Von Uexkul, el animal vive en un ambiente constituido por lo que denomina portadores de significado. Se trata de marcas que, en contacto con los receptores del animal, determinan su comportamiento. La araña no sabe nada de la mosca y, sin embargo, determina la amplitud de la malla que teje en concordancia con su tamaño. Sus hilos, entre tanto, tienen la capacidad de poder resistir el choque de la mosca en vuelo y, más aun, están proporcionados a su capacidad visual de modo tal que, como no puede verlos, vuela hacia la muerte sin saberlo.

No hay un ser del animal sino una ceguera que no le permite obrar sino sólo comportarse. Cada mosca se comporta como una mosca, cada araña como una araña y, aun cuando sus mundos se cruzan, nunca lo sabrán.

Heiddeger, también siguiendo a Uexkul, a la sazón su alumno, plantea una triple tesis: la piedra es sin mundo, el animal es pobre de mundo, el hombre es formador de mundo. Y esto es fundamental para nosotros: el hombre construye el mundo en

### **¿Por qué un cuerpo?**

el que vive sin que, agregaríamos nosotros, ello lo ponga a salvo del encuentro con lo in-mundo-

El modo de ser propio del animal se define por su relación con el desinhibidor (portador de significado) y el signo de esa relación es, para el filósofo, el aturdimiento. Un clásico ejemplo, de este aturdimiento es el de la *unio mystica*, la mariposa nocturna que, aturdida, se deja quemar por la llama que la atrae y que, sin embargo, permanece obstinadamente desconocida para ella hasta último momento. La mariposa, como la araña y la mosca, no puede hacer allí experiencia sino que queda, en su pobre ámbito, limitada a responder a su desinhibidor.

Esta idea Heideggeriana de “aturdimiento” no pudo menos que recordarme el conocido escrito de Lacan donde el sujeto es presentado como aturdido por el lenguaje; esto sin que, por ello, dejemos de tener en cuenta que, también y mucho antes, es posible encontrar, en su presentación de lo especular, el aturdimiento propio de la captura por lo Imaginario sin pasar por la cual no podría reconocerse como humano y constituirse como tal.

Claro está que el hombre nace en una estructura de lenguaje y será tomado por una lengua que le permitirá operar con lo que lo aturde, para no quedar en la inmediatez del acto y hacer mundo –tal es el fundamento de la frase de Ovidio-. Esto ocurre porque el lenguaje hecho carne encadena la pulsión con un decir que necesitará del dicho para hacer de él, un hablante. Bien lo presenta Lacan, al modo de un imperativo: “qué se diga”.

Se trata de un sujeto que puede, así, quedar a salvo del “encerrado en su ambiente y sus portadores de significado” aunque no dejará de estar tomado por esos objetos que puedan ser funcionales a su fantasma. En efecto, el suyo es un mundo de representaciones que constituyen escenas en las que su propio cuerpo es representado. Dicho de otro modo, la construcción del mundo por el sujeto se sostiene en el montaje de una escena –fantasmática- en la que el mismo sujeto está presente. Esta escena, leo aquí a Pascal Quignard, lleva como marca constituyente el hecho de que venimos de una escena en la que no estuvimos para terminar en

otra escena, la de la muerte, tan imprevisible como inimaginable. Entre ellas se desarrolla nuestra existencia. Por eso, según entiende nuestro autor, el hombre es una mirada que busca otra imagen detrás de todo lo que ve. Y así es: no hay discurso que no tenga, como trasfondo, una escena y como soporte un cuerpo.

### **¿Por qué un cuerpo?**

Los cuerpos no tienen, también nos recuerda Quignard, una distancia con lo que son, no poseen verdaderamente sus órganos. El cuerpo propio no existe en la conciencia sino como sufriente –sustancia gozante- o como apariencia ante los ojos del otro –consistencia imaginaria en la cual reconocerse-.

Pensemos, volviendo a Agamben para el ejemplo, que el animal no puede delimitar objetivamente el bosque porque su bosque es un ámbito cerrado a cualquier significación. Por contrario imperio el humano puede decir que hay un bosque para el guardia forestal, otro para el cazador, otro para el botánico o, en fin, para Caperucita Roja. Para cada interpretante el bosque es un escenario donde una escena se despliega o se anticipa.

Y si hablamos de interpretantes, surge una pregunta: ¿por qué Lacan invita a F. Recanati a aventurarse en los bosques de Peirce? Veamos: para Peirce el signo –para el caso “bosque”- representa a un objeto indeterminado. Así es que, tomado como representamen, necesita de un interpretante- que no será el mismo para el cazador que para el botánico- cuya función es la de proporcionar sentido, pero dice algo más: la lectura propia de cada interpretante dependerá del *ground*, que puede ser concebido como soporte del discurso en virtud de su definición misma: se trata de ese aspecto del objeto que, para cada interpretante, marca el orden de significación.

Así es que Lacan yendo más allá declara, con cierto énfasis, que el *ground* es el cuerpo.

Pero ¿por qué el cuerpo si Pierce se refiere a una cualidad del objeto? Basta, para responder, con recordar el dicho freudiano respecto de que “nada accede al estatuto de la representación si no tiene que ver con noticias del cuerpo propio”, para inteligir que ese trazo del objeto es significativo porque golpea el cuerpo, lugar privilegiado donde meter significantes.

En este punto es que R. Harari, al modo de un maestro del bel canto, se apoya en el pentagrama freudiano para hacer su floritura: si para Freud hay un cuerpo propio debe ser porque hay uno impropio.

Así resulta que el cuerpo real, el propio para Harari, es presentado como lo que, ajeno a la representación, se nos hace presente como irrupción imposible de anticipar. Tal dimensión del cuerpo, que ligada a la *obtreceña* y tomada por *lalangue*, produce sus efectos colándose por los intersticios de la lengua, no es, por su

### ¿Por qué un cuerpo?

estructura misma, sin la dimensión simbólica: la del cuerpo agujereado, lugar privilegiado donde meter los significantes que domestican la pulsión.

Pero hay un cuerpo impropio, agrega Harari, el “normal”, el que entra en la escena y siendo patrón de unidad narcísica puede fragmentarse, hacerse insuficiente y exigir ortopedias.

No son cuestiones menores porque sin atender a los tres registros del cuerpo, sin dar el debido lugar a ese cuerpo impropio, estaríamos frente a un sujeto sexuado por la castración simbólica, sexuado por su relación con el falo, pero gélido, sin afectos, ajeno a toda erótica.

Si, como dijimos, ciertamente es el cuerpo el que soporta las significaciones que, en el montaje de una escena o en su anticipación, el bosque toma para cada quien, también es cierto que, volvemos a Quignard, necesita de otro cuerpo que lo solicite para tomar sentido y mentir su unidad. Quizá podamos, en este punto, medir el peso subjetivo que toman esas posiciones en las cuales algunos sujetos, de cuerpo ausente, navegan sin

descanso por los laberintos de la *web* incapaces, a menudo, de hacer mundo en el encuentro con otro cuerpo.

Iremos terminando con un ejemplo que Freud toma de Fargues: se trata de un caso de afasia en una mujer ciega –de quien se dice que es una táctil- quien cuando se le hablaba, sólo respondía repitiendo, con tono de impaciencia: “no quiero, no puedo”. La paciente, tampoco podía reconocer a su médico por la voz. Sin embargo ni bien éste le tomaba el pulso, brindándole la oportunidad de una asociación táctil, lo reconocía, lo llamaba por su nombre y hablaba con él. Pero ni bien le soltaba la

mano otra vez se volvía inaccesible y sólo farfullaba, con impaciencia: “no quiero, no puedo”.

No se trata de algo desconocido en nuestra clínica: sólo el contacto con el cuerpo del otro, generaba la re-investigación de ciertas ilaciones de pensamiento para dar lugar a la palabra y, con ello, a una posición de reconocimiento de sí y del otro.

Parece cobrar importancia, a esta altura, la primera pregunta sobre la presencia del cuerpo en la escena del mundo y a sus relaciones posibles con la castración. Y creo que ninguna respuesta posible puede dejar de tener en cuenta que ese cuerpo –con

su fuerte presencia en el plano imaginario- no es ajeno a la forma que cada quien tiene de hacer mundo y que, ello, no es sin consecuencias.